

DOSSIER / ARTÍCULO

Ferradás, Carmen (2015). “¿Desarrollo y seguridad o antropología pública? Reflexiones sobre los usos de la antropología”, *Etnografías Contemporáneas 1* (1), pp. 58-70.

RESUMEN

En el nuevo milenio varios antropólogos han propuesto una antropología pública para marcar su compromiso con los problemas actuales. Este artículo analiza cómo surge esa propuesta, cuáles son sus limitaciones y hasta qué punto este tipo de práctica es compatible con la antropología crítica. Se explora el llamado nexo seguridad-desarrollo, a menudo muy criticada en la que también participan antropólogos. Se examinan conceptos asociados a los discursos de la antropología pública y a los de seguridad-desarrollo tales como transparencia, rendición de cuentas y gobernanza.

Palabras clave: *antropología pública, antropología aplicada, seguridad.*

ABSTRACT “Development and Security or Public Anthropology? Reflections on the uses of anthropology”

With the advent of the New Millennium many anthropologists proposed a public anthropology to express their engagement with contemporary problems. This article analyzes how this orientation emerged, the constraints it might face, whether it is compatible or not with a critical anthropology. It also examines the so-called security-development nexus, an orientation often criticized and to which many anthropologists contribute their work. Concepts such as transparency, accountability, governance, associated to the discourses of public anthropology and to the security-development nexus are identified and criticized.

Keywords: *public anthropology, applied anthropology, security.*

RESUMO “Desenvolvimento e Segurança ou Antropologia pública? Reflexões sobre os usos da antropologia”

No novo milênio vários antropólogos têm proposto uma antropologia pública para marcar seu compromisso com os problemas atuais. Esta apresentação analisa como surge essa proposta, quais são suas limitações e se pergunta até que ponto este tipo de prática é compatível com a antropologia crítica. Explora-se também o chamado nexo segurança-desenvolvimento, uma orientação frequentemente criticada na que também participam antropólogos. Conceitos associados aos discursos da antropologia pública e aos de segurança-desenvolvimento tais como transparência, prestação de contas e governança.

Palavras-chave: *antropologia pública, antropologia aplicada, segurança.*

• Recibido: 15 de mayo de 2015 • Aceptado: 26 de junio de 2015.

¿Desarrollo y seguridad o antropología pública?

Reflexiones sobre los usos de la antropología¹



por **Carmen Ferradas²**

“¿Usted quiere que usemos el dinero de nuestros impuestos para educar más gente que no puede encontrar trabajos en antropología?”, declaró el gobernador del estado de Florida Rick Scott en el año 2011. En distintas entrevistas públicas, el gobernador eligió a la antropología entre las ciencias sociales y las humanidades para dirigir su ataque a una tradición en la formación universitaria norteamericana, la de las llamadas liberal arts, desde hace ya unos años muy cuestionadas por su “inutilidad”. El mandatario presentó a nuestra disciplina como innecesaria, aseverando que en su estado no se necesitan antropólogos y que desearía gastar los dólares de Florida en otorgar títulos en ingeniería, matemáticas, ciencia y tecnología. Para él, eso es lo que sus hijos necesitan para conseguir un trabajo.

Obviamente, la respuesta de la *American Anthropological Association* no tardó en llegar y le hizo saber al gobernador que muchos antropólogos eran líderes en el campo científico y pasó a enumerar las múltiples contribuciones en salud pública, genética, historia legal, bilingüismo, las minorías étnicas y el aprendizaje infantil.³

Los antropólogos de Florida produjeron un *Power Point* que circuló ampliamente en las redes de Internet con ejemplos de los trabajos aplicados que realizaban en ese estado. Ese *Power Point* quizás fue la

1 Conferencia presentada en la II Jornada de Antropologías ¿Aplicadas? Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, junio de 2015.

2 Departamento de Antropología, Binghamton University, Estados Unidos.

3 Ver la carta enviada por la Presidenta de la *American Anthropological Association* el 11 de octubre de 2011. Se puede encontrar en el sitio online de la AAA <http://www.aaanet.org/issues/policy-advocacy/upload/letter-to-gov-scott.pdf>.

respuesta más convincente en ese debate porque ilustró con claros ejemplos la multiplicidad de aportes que hoy hacen los antropólogos en los campos más diversos.⁴

Artículos periodísticos y antropólogos se hicieron eco de la polémica desatada. No faltaron los comentarios que nos circularon respecto de la hija del gobernador, que se había diplomado en antropología; lo que sugirió que la animosidad con nuestro campo podría ser algo más personal. Más allá de las cuestiones familiares, las declaraciones del gobernador apuntaron a un tema que desde hacía unos años venía preocupando a nuestros colegas y que llevó a pronunciamientos acerca de una antropología pública que desarrollaremos brevemente en este texto. Pero queremos traer también como ejemplo uno de los comentarios en los medios porque ilustra claramente este debate. A raíz de las declaraciones del gobernador Scott, la antropóloga Janice Harper citó un informe del Departamento de Trabajo de Estados Unidos que pronosticaba una mayor demanda de antropólogos en el futuro. La autora, que podría haber utilizado esta información para defender los intereses corporativos de su profesión, hace comentarios que muchos podrían leer como una traición a los intereses de nuestro campo. Usando las herramientas analíticas y críticas a las que nuestra profesión nos tiene acostumbrados, esta antropóloga señaló que las aseveraciones del Departamento de Trabajo no dan un panorama totalmente realista, ya que no diferencian las demandas por subdisciplinas dentro de la profesión.⁵ En el caso de Estados Unidos, habrá más demanda en una arqueología no académica, pues las leyes federales exigen ahora relevamientos arqueológicos antes de llevar a cabo obras públicas, habrá también probablemente más demanda en antropología biológica especialmente en lo relacionado con la genética y con la salud. Pero no parece haber un futuro tan dorado para las áreas de antropología social y cultural en una sociedad que ha optado por abandonar su rol de protector social de la población.

Es más, la autora nos indica que esta institución predice aumentos de la demanda de antropólogos, los llamados *embedded anthropologists* —algo así como antropólogos arraigados, incorporados— en el área de seguridad nacional. Este tipo de antropólogos forman parte de un controvertido programa que contrata científicos sociales en zonas de guerra con el fin de que esta sea más receptiva con respecto a la cultura y de ese modo resulte más efectiva. Generalmente conocido por las siglas HTS (*Human Terrain System*, Sistema del Terreno Humano), el programa que

4 Consultar la página del departamento de antropología de la University of South Florida USF "This is Anthropology on PREZI".

5 Para ver una versión abreviada, consultar Harper, Janice Why Florida Gov. Rick Scott was right to slam studying anthropology. Oct 11, 2011 www.businessinsider.com/rick-scott-thinks-liberal-arts-degrees-are-not-needed-unless-you-want-to-work-for-him-2011-10.

se lanzó en 2007 con un presupuesto de 41 millones de dólares se planeaba organizar 26 equipos militares a los que se incorporarían antropólogos y otros científicos sociales para operar en zonas de guerra, como Irak y Afganistán. La iniciativa tuvo amplia difusión pública y generó acalorados debates en los medios y en la American Anthropological Association. Ya en el 2005, la AAA se había expedido de forma bastante tibia con respecto a la participación de antropólogos en la seguridad de Estados Unidos y en los servicios de inteligencia. El primer informe no estaba ni a favor ni en contra, pero advertía sobre los peligros éticos y las posibilidades de tales trabajos e invitaba a un diálogo público. Una vez que se instituyó el HTS, la oposición fue más categórica y argumentó que se vulneraban principios del código de ética de la AAA, que explícitamente plantea que los antropólogos no pueden dañar ni afectar negativamente a sus sujetos.

En parte reflejando la preocupación de antropólogos en el HTS, en 2007 en la conferencia anual de la AAA se organizaron una serie de sesiones que discutían la participación de antropólogos en áreas militares y sesiones críticas del rol histórico de la antropología en prácticas imperiales. Traigo aquí nuestras reflexiones personales como participantes en parte de estos hechos. Creo que una declaración crítica en el seno de la asociación no habría sido posible sin la intervención, por un lado, de antropólogos más progresistas que en esos años llegaron a controlar parte de la estructura de poder de la asociación. Por otra parte, creo que jugó un rol importante la organización de comunicaciones vía internet y reuniones paralelas que algunos de nosotros convocamos para expresar nuestro descontento con la guerra y los silencios de la asociación. Por ese entonces había también otra polémica en torno a la publicación de avisos del Departamento de Estado para reclutar antropólogos para tareas de inteligencia. En la Asamblea General de representantes de secciones de la AAA, la mayoría de los presidentes expresamos nuestra oposición a que las publicaciones de la asociación permitieran dichos avisos. Sin embargo, hubo dos secciones que se expresaron a favor: la que representaba a los antropólogos aplicados y la que nucleaba a los especialistas de Medio Oriente. Cabe suponer que su oposición estaba vinculada con temas laborales en los que ya estaban involucrados algunos de sus miembros.

Estas anécdotas de controversias con respecto al rol de la antropología en Estados Unidos ilustran dos direcciones en las que hoy se debate la antropología aplicada de ese país. No queremos entrar aquí en algunas discusiones epistemológicas de cómo algunos efectúan distinciones entre una antropología pública, aplicada, del desarrollo en su nexos con la seguridad, la antropología comprometida, la antropología activista y otras tantas, pero somos conscientes de que, para muchos, no son

exactamente lo mismo. Si bien es en Estados Unidos donde se plantean estas alternativas con más fuerza, hay innumerables ejemplos de algunos de estos dilemas en la práctica antropológica de muchos países. En este artículo concentro mi análisis en la emergencia de estas visiones de la antropología y sus contextos porque aunque se estén produciendo en otras latitudes mucho de lo que informa estos debates también nos atañe, como ciudadanos del mundo o como profesionales con una mirada crítica de nuestra profesión.

Vamos a desarrollar brevemente algunos puntos sugeridos por estas anécdotas:

1. ¿Cómo y en qué contexto aparece la discusión de una antropología pública? ¿Cómo la diferencian de una antropología aplicada?

▶ ¿Es compatible una antropología pública con una antropología crítica y posmoderna? ¿Cómo se resuelven los dilemas generados por las críticas al positivismo científico?

▶ ¿Qué, quiénes son el “público”?

▶ ¿Cómo se vincula esta antropología pública con las preocupaciones con respecto a lo que en inglés se llama *accountability*, el rendir cuentas? ¿A quiénes se rinden cuentas? ¿Qué relación tiene esto con procesos de comodificación/mercantilización de la sociedad? ¿Cómo se relaciona con nociones de utilidad?

2. ¿Cómo se vincula el caso del HTS con la consolidación de lo que se ha dado en llamar el nexo seguridad desarrollo?

▶ ¿Cómo emerge esta asociación entre seguridad y desarrollo y a qué historia/s responde?

▶ ¿Qué actores participan de este discurso y de qué modo? ¿Qué conceptos aparecen asociados a este campo discursivo? ¿Qué tipo de prácticas?

▶ ¿Cuáles son los efectos de esta *securitization* del desarrollo?

3. ¿Cómo se plantean (o no) las relaciones con el Estado y con las estructuras supranacionales los impulsores de estas perspectivas?

4. ¿Es mera coincidencia que las discusiones acerca de la antropología pública aparezcan al mismo tiempo que ocurre la intensificación del nexo seguridad-desarrollo?

Los orígenes de la antropología pública

A partir del nuevo milenio muchos antropólogos comenzaron a predicar una antropología pública, insistiendo tal como lo hace Borofsky (2011) en el potencial de la disciplina para cambiar el mundo. Este autor señala que esta orientación puede estimular la rendición de cuentas institucional, facilitar la transparencia en temas políticos y sociales. Genera

además una comprensión amplia y permite también apreciar los problemas de un modo más profundo. Su visión optimista enfatiza que tenemos las herramientas para producir transformaciones sociales.

Para este autor, el mayor problema radica en los contextos en que opera, que limitan su potencial. Se refiere fundamentalmente a las demandas del mundo académico. Sin hacer un profundo análisis de las luchas de campo a la Bourdieu, señala que el reconocimiento de nuestro desempeño se da fundamentalmente en relación con la cantidad de publicaciones y los aportes teóricos que realizamos. Se lamenta de que la antropología funciona para aquellos que están en el ámbito académico y no para los que están afuera y que la hacen posible.

Gran parte de su análisis es, sin embargo, desde la academia y acerca de aquellos que se desempeñan en ella. Así sus discusiones sobre las presiones de objetividad y desinterés se refieren más que nada a cómo operan los antropólogos insertos en el mundo universitario con respecto a los problemas reales. Cabe destacar aquí dos conceptos que aparecen en su modo de entender la antropología pública. Estos son los de “rendición de cuentas” (*accountability*) y transparencia, que aparecen a menudo asociados a otros como el de justicia social, que obviamente moviliza nuestras sensibilidades sociales. Son conceptos muy en boga en el campo del desarrollo y aparecen también relacionados con todo tipo de políticas públicas, fundamentalmente en el campo educativo. Estos conceptos son producto del viraje hacia una concepción neoliberal del rol del Estado y de lo público. Aparecieron en asociación a una construcción del Estado como corrupto y a una concomitante idealización de la sociedad civil y fundamentalmente de las ONG como solución. Esta perspectiva a menudo entroniza a los actores globales supranacionales que se constituyen en vigilantes de la transparencia. Es parte de una visión de gerenciamiento en la que prevalecen las razones técnicas y el cálculo de costo-beneficio. ¿A quién se le atribuyen los fracasos? ¿A quién se responsabiliza? Fundamentalmente, al individuo. Es el maestro, el antropólogo el culpable de no ser efectivo con el dinero de los contribuyentes. Las condiciones sociales, los condicionamientos y limitaciones estructurales no tienen lugar en una perspectiva que singulariza y penaliza a ciertos actores, pero desconoce los condicionantes políticos y económicos. Es preocupante que iniciativas que a veces surgieron bien intencionadas, como lo son ciertos aspectos de la antropología pública, hayan terminado siendo instrumentales a aquellos que desean destruir la disciplina. Confluyeron aquí de una forma algo perversa inquietudes de estudiantes que denunciaban la insularidad y buscaban una antropología comprometida, identificada con principios humanitarios como el de justicia social, con las presiones de aquellos que solo tienen intereses mercantiles y miden todo en función de rendimientos

económicos. Esto se ve claramente en las exigencias de transparencia y rendición de cuentas en la National Science Foundation –equivalente al CONICET nacional–, que actualmente tiene estos requisitos para todos los proyectos. Esto genera problemas éticos para la disciplina, ya que estas exigencias a menudo comprometen las promesas de confidencialidad a los informantes.

Así como hay muchas antropologías y antropólogos también hay muchas antropologías públicas con diferentes compromisos, alianzas y lealtades. En el año 2010, la revista de la American Anthropological Association agregó una sección de comentarios sobre publicaciones centradas en antropología pública. Para ellos, el objetivo de esta sección es dar a conocer los conocimientos producidos por los antropólogos que tienen una relevancia pública. La preocupación de los editores es fundamentalmente la divulgación, objetivo que aparece en otros textos donde lo que se resalta es la llegada de nuestras contribuciones a un público general mediante el uso de medios no convencionales. Algunos de estos autores rescatan una tradición de compromiso que se remonta al trabajo de Boas, Mead y Sol Tax. Se identifican con las posturas antirracistas de Boas y antiguerra y feministas de los años sesenta y setenta. Pero lo que se enfatiza acá son las responsabilidades de comunicación a un público vagamente definido. Autores como Barbara Rose Johnson, a quien algunos le atribuyen ser una de las primeras impulsoras de la antropología pública, relacionan este concepto con el de *advocacy*, el de ser un defensor y promotor de las causas en las que estamos involucrados. También se lo asocia a la investigación participativa. La colaboración con la comunidad, la co-producción en las distintas etapas del proyecto son, para muchos, los elementos más importantes de este enfoque.

Obviamente, estas posturas no se diferencian mucho de los debates que dominaban en el seno de la antropología norteamericana y parte de la latinoamericana cuando en la década de los sesenta y en el contexto de las críticas al papel de los antropólogos en Vietnam y en Tailandia, y en proyectos como el Camelot en Latinoamérica, surgieron voces que promovían una antropología comprometida, militante y del lado de los desfavorecidos. En parte, creemos que esos lejanos antecedentes son los que informan a una antropología pública que a veces trata de distanciarse, aunque no siempre dicho explícitamente, de ciertas versiones de la antropología aplicada. Muchos de los antropólogos progresistas de la antropología norteamericana miraron con suspicacia a todo tipo de colaboración práctica con el Estado luego de las negativas experiencias de los años sesenta. La antropología aplicada fue, para muchos, sinónimo de complicidad con un poder imperialista y opresor y esa postura continuó, en parte, hasta no hace mucho tiempo dividiendo marcadamente el campo de lo teórico/académico y de lo práctico aplicado, viendo a

los profesionales aplicados como vendidos al sistema. No podemos aquí desarrollar críticamente la hipocresía de muchos académicos que miraban con desdén a los aplicados sin examinar cuidadosamente su propia posición de privilegio en el mundo académico, donde es cada vez más difícil entrar.

Pero creemos que este proceso complejo y contradictorio informa algunas de las distinciones que se hacen entre la antropología pública y la aplicada. El compromiso, para quién y de qué forma se produce y disemina el conocimiento, quién nos paga y cuál es nuestra autonomía son algunos de los puntos que separan a algunos antropólogos aplicados de los públicos. Curiosamente, cuestiones de poder —para quién trabajamos o quién posee y dispone del conocimiento producido— son raramente examinadas en la mayor parte de las declaraciones de principios de estas perspectivas (Hale, 2006). Aunque para algunos practicantes de la antropología no hay distinción entre ambas perspectivas, hay unos cuantos antropólogos aplicados que expresan sus reservas con respecto a los argumentos de lo que se ve como una nueva orientación y un nuevo llamado a que la antropología se torne relevante.

Antropología crítica o antropología pública

Nos preguntamos aquí si las perspectivas de una antropología pública no están en contradicción con las críticas culturales que se plantearon a partir de las crisis de las representaciones de los años ochenta. Charles Hale en un comentado trabajo de 2006 establece ciertas distinciones entre ambas orientaciones, pero plantea que podrían complementarse. A nuestro entender, tiene una interpretación algo benévola de las posturas de los autores de *Writing Culture* y sus encarnaciones posteriores.⁶ Hale los ve como individuos dispuestos a desenmascarar el poder. Nosotros los vemos más como individuos que si bien señalaron importantes posicionamientos en el encuentro antropológico y abrieron significativos análisis críticos, con el correr del tiempo, se involucraron más que nada en luchas por el poder en el campo académico y sus contribuciones se limitaron cada vez más a análisis de expertos y de producción de conocimiento, pero permanecen silenciosos en cuanto a los devastadores efectos de la globalización neoliberal y carecen de compromiso con los grupos subalternos, los marginados, los indígenas, los pobres.⁷ Esto, en

6 No soy la única que interpreta de modo diferente a los proponentes de una etnografía multisituada, Ida Susser (2010), por ejemplo, plantea que al descentrar a los subalternos, se dejan de lado las preocupaciones por la justicia social y la desigualdad.

7 Por supuesto no todos los llamados antropólogos críticos abandonan las preguntas sobre el compromiso con la realidad, en un trabajo reciente se pregunta qué tipo de aportes puede

sí mismo, podría ser objeto de un artículo diferente. Para Hale, el antropólogo público es un activista fundamentalmente identificado con las luchas de los oprimidos. En esa lucha sostiene, a veces se deben utilizar herramientas que no serían bien vistas por un antropólogo crítico, tal como usar metodologías positivistas, como el lo dice en su texto hacer “uso de las herramientas del maestro para dismantelar la casa del maestro.” Hale representa el ideal de muchos antropólogos, el compromiso con la comunidad en lucha. Lo que raramente se discute es cómo es posible para el antropólogo insertarse en esa lucha. Este es un tema que ya me lo planteaba cuando organicé el Primer Congreso de Antropología Social en la Argentina en Posadas en 1982. Reflejando nuestras preocupaciones por ese compromiso, habíamos organizado una sesión sobre “el rol del antropólogo”. Allí yo analizaba críticamente qué ocurre cuando uno es empleado por los mismos indígenas. Este es un punto que conviene pensar cuidadosamente, cómo nos posicionamos según para quién trabajamos. ¿Qué condicionamientos tenemos según quien nos emplea? ¿Cómo se constituyen las relaciones de poder en cada circunstancia? ¿Qué tipo de autonomía tenemos?

Nuestras reservas con respecto a las diferencias entre ambas orientaciones son algo diferentes de lo que plantea Hale. Son las mismas que algunas feministas señalaron en relación con sus luchas: si adoptamos posturas hiperrelativistas, ¿de que manera nos desenvolvemos como actores políticos si enfatizamos las diferencias? Este es uno de los problemas que se hicieron palpables con el movimiento *Occupy Wall Street*. La deconstrucción, la duda, el reconocimiento de múltiples posicionamientos, el escepticismo con respecto a la producción de verdades resultan peligrosos cuando se negocia ante los poderosos.

Tampoco podemos reconocer puertas afuera lo que a menudo es objeto de encendidos debates puertas adentro, nos referimos fundamentalmente a las preguntas que nos hacemos con respecto a si la antropología es o no una ciencia. En la defensa de nuestra disciplina ante el público, dejamos de lado nuestras incertidumbres epistemológicas y proclamamos que hacemos aportes científicos, tal como lo vimos en el caso de las respuestas al gobernador Scott.⁸ Podríamos decir que muchos antropólogos padecemos una suerte de esquizofrenia colectiva. Miren sino, por ejemplo, el escándalo que se produjo hace pocos años en la American Anthropological Association cuando se pretendió sacar la

hacer una antropología crítica a la acción de los movimientos sociales. Si bien su aporte es relevante, el autor pone el énfasis en cómo los movimientos producen conocimiento más que analizar su práctica y las circunstancias sociales y económicas de los participantes (Osterweil, 2013).

⁸ Ver en la página web de la AAAnet “American Anthropological Association responds to Public Controversy over Science in Anthropology”.

palabra ciencia de la descripción de nuestro hacer.

También está la pregunta: ¿quién es el público de la antropología pública? Este es un concepto tan vago como el de la sociedad civil, aunque este último ha sido objeto de interesantes críticas. El “público” pueden ser los diputados republicanos que en los últimos años han intentado cortar los fondos destinados a investigación en ciencias sociales y fundamentalmente en la antropología y criticaron específicamente muchos de los proyectos financiados por NSF o por el Instituto de Salud (*National Institute of Health*). ¿El “público” se refiere a las instituciones oficiales?, ¿al hombre común?, ¿a los ya “convertidos”? De qué manera nos dirigimos a ese público/públicos difuso/s? Este como tantos otros puntos que aquí tocamos, merece una reflexión más profunda. Ese público al que nos dirigimos, ¿quiere colaborar con nosotros?

El nexo seguridad/desarrollo

Paralelamente a las iniciativas de antropología pública que se hacen más visibles a partir de la primera década del nuevo milenio –con reuniones de estudiantes, una conferencia de la Wenner Gren y publicaciones como la de Borofsky, *Why a Public Anthropology?*–, aparece en el mundo del desarrollo lo que se dio en llamar el nexo-seguridad-desarrollo. Este nexos que para muchos ha pasado desapercibido, según lo comentan John Andrew McNeish y John Sande Lie (2010), se manifiesta en una intensificación de la relación entre los campos del desarrollo y la seguridad internacional. Según lo mencionan, cada vez se ve que más situaciones de ayuda humanitaria y desarrollo están apoyadas por la amenaza de enviar las tropas, ya sea para proteger, ya sea para distribuir ayuda mediante la fuerza. En los ámbitos de políticas nacionales, el conflicto violento es visto como un desafío al desarrollo. En el año 2011, en el Informe Mundial del Desarrollo, publicado por el Banco Mundial, se habló de “asegurar el desarrollo.” En el año 2005, las Naciones Unidas declararon en su informe ejecutivo que “el mundo debe promover juntas las causas del desarrollo, la seguridad y los derechos humanos”. El informe además indicó la seguridad como una condición necesaria para el desarrollo y señaló la necesidad de Estados fuertes y capaces. Este es un punto que se visibiliza en el actualizado discurso de la seguridad y el desarrollo, la noción de Estados débiles, frágiles y, en algunos casos, “fallidos”. Esta concepción de los Estados justifica intervenciones de fuerzas supranacionales, aunque no hayan sido invitadas. Estas nuevas formas discursivas hablan de amenazas a la paz y la seguridad entre las que se cuentan: conflictos internacionales, terrorismo, armas de destrucción masiva, delincuencia organizada y disturbios civiles. Se dice

también que sin seguridad “no podrá haber un desarrollo sostenible y se agrega que la experiencia nos demuestra que la pobreza permanente de amplios sectores de la sociedad atenta a su vez contra la estabilidad estatal”. Se cita, por ejemplo, la migración Africana a Europa como un problema relacionado con la seguridad.

Esta perspectiva de las Naciones Unidas y de otros organismos globales que se dedican al desarrollo responde a redefiniciones del concepto de seguridad que se dieron en la década de los noventa y en el nuevo milenio. Hasta fines de la Guerra Fría había dominado una visión militarizada de la seguridad, fundamentalmente centrada en los Estados nacionales y los conflictos entre ellos. Esta interpretación de la seguridad también influyó el campo del desarrollo que estaba ligado a doctrinas de seguridad nacional y, en Latinoamérica, inspiró iniciativas como la Alianza para el Progreso. Como estas historias ya son conocidas, nos concentraremos en los procesos más recientes. A principios de los noventa, cuando políticos y muchos académicos descubrieron la globalización, algunos sugirieron que era necesario repensar nuestras categorías, fundamentalmente porque a partir de una nueva situación geopolítica en la que se privilegiaba al mercado, los Estados nacionales ya no tendrían mucha razón de ser, y los conflictos armados y las ideologías serían una cuestión del pasado. En el campo de la seguridad se propuso ampliar el concepto y extenderlo a áreas no tradicionales, como el medio ambiente. Eso llevó a algunos a identificar el medio ambiente como causa de conflictos y a justificar intervenciones globales para proteger los recursos. Los objetivos de cambio social en las políticas de desarrollo fueron, en gran parte, abandonados, y esto se ve reflejado en el lugar privilegiado que tuvo el discurso de la sustentabilidad en la década de los noventa. Pero los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 y las guerras en Irak y Afganistán produjeron un viraje en las discusiones con respecto a la seguridad que nos llevaron a los científicos sociales a teorizar críticamente la *securitization*. En el nuevo milenio todo devino en cuestión de seguridad: seguridad alimentaria, seguridad humana, seguridad ambiental. Obviamente, los que hablan del nexo seguridad y desarrollo no se cuestionan esta asociación discursiva entre ambos conceptos. Ven el nexo como una necesidad de intervención humanitaria para prevenir la anarquía. Se lo considera como una responsabilidad de tipo transnacional.

Vale la pena aquí examinar como la USAID, la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, se plantea este tema. En un documento en el que discute cómo garantizar un ambiente seguro para el desarrollo, habla de los países débiles en efectividad gubernamental, en el imperio de la ley y en el control de la corrupción y asegura que estos tienen de un 30% a un 40% de riesgo mayor de

guerras civiles y significativamente un mayor riesgo de violencia criminal externa que otros países en desarrollo. Proponen entonces trabajar sobre formas de gobernanza para mejorar la seguridad necesaria para el desarrollo. En estas formas militarizadas de acción humanitaria, en las que podemos incluir casos extremos como los del Human Terrain, muchos ven las sombras del imperialismo (verMcNeish y Sande Lie, 2010). Organizaciones como el Banco Mundial y múltiples organizaciones no gubernamentales son actores clave tanto en la formulación como en la aplicación práctica de este nexo.

En América del Sur, hemos tenido ejemplos del funcionamiento de este nexo. El programa “New Horizons”, en el que participan marines norteamericanos, viene al caso. El Comando Sur se planteaba actuar en áreas médicas, odontológicas, técnicas y de asistencia de ingeniería. En general, se presentaban como propuestas que preparaban a las poblaciones locales para enfrentar emergencias naturales o, como en el caso de la Triple Frontera, en donde trabajé por varios años, para ayudar en las campañas contra el dengue o ayudar en el desarrollo.

Si bien el desarrollo tiene una larga historia con respecto a la seguridad (ver, por ejemplo, la excelente reseña de Björn Hettne, de 2010, en la que analiza las relaciones entre el mercado, el Estado y el desarrollo respecto de cuestiones de orden y anarquía), solo en estos años se ha dado esta particular configuración del desarrollo con la intervención directa militar. En los siglos XIX y XX, la seguridad vista desde el Estado estaba más vinculada a modos de actuar en lo social, como un rol en el que el Estado debía garantizar la seguridad física y la protección para el futuro de los individuos, tal como lo analiza Robert Castell.

Creemos que no es casual que estas dos formas analizadas aquí surgen en un mismo momento. Ambas son diferentes respuestas a circunstancias generadas en el nuevo milenio. Por un lado, las circunstancias del terrorismo y de la guerra violenta y, por el otro, las crisis económico-sociales desatadas por una globalización de carácter neoliberal. La Antropología Pública, con sus contradicciones y limitaciones, es un intento progresista de comprometerse con los grupos subalternos, es la continuación de esa larga tradición que ha sido discutida en la historia de la antropología aplicada y del desarrollo que presenta al antropólogo como promotor de las causas populares, al antropólogo mediando entre poderosos y subalternos, al antropólogo que hace causa común con los desvalidos. La otra versión es también parte de una historia negra en la que, lamentablemente, muchos antropólogos han estado y están involucrados.

Bibliografía

Borofsky, Rob (2011). *Why a Public Anthropology?* Hawaii, Center for A Public Anthropology.

Hale, Charles (2006). "Activist Research vs. Cultural Critique: Indigenous Land Rights and the contradictions of Politically Engaged Anthropology", *Cultural Anthropology*, Vol. 21, N° 1, pp. 96-120.

Hettne, Björn (2010). "Development and Security: Origins and future", *Security Dialogue*, Vol. 41, N° 10, pp. 31-52.

McNeish, John-Andres y Sande Lie, Jon Haral (eds.) (2010). *Security and Development*. New York and Oxford, Bergahn Books.

Osterweil Michal (2013). "Rethinking Public Anthropology Through Epistemic Politics and Theoretical Practice", *Cultural Anthropology*, Vol. 28, N° 4, pp. 598-620.

Susser, Ida (2010). "The Anthropologists as Social Critic. Working Toward a More Engaged Anthropology", *Current Anthropology*, Vol. 51, N° 2, pp. 227-233.